



Meditación de la Palabra

Lc 18, 9-14.

LEYENDO A SAN AGUSTÍN

“¿Viniste a orar o a alabarte a ti mismo? Dijiste tener todo, nada pediste en condición de necesitado. ¿Cómo, pues, viniste a orar? Te doy gracias, Señor. No dice: «Señor, dame la gracia». Porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros. Entonces, ¿sólo tú eres justo? Porque no soy como ese publicano. Estás insultando, no exultando. Ayuno dos veces el sábado, doy los décimos de todo lo que poseo. ¡Oh rico merecedor de ser vaciado! Ven, ven tú, ¡oh pobre!, publicano hambriento; mejor, quédate ahí donde estás. El publicano estaba de pie a lo lejos pero el Señor se acercaba al humilde. Y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo. Allí adonde no se atrevía a levantar los ojos, allí tenía su corazón” (Sermón 290,6).

Para meditar

“Los gestos de penitencia y las pocas y sencillas palabras del publicano testimonian su consciencia acerca de su mísera condición. Su oración es esencial. Se comporta como alguien humilde, seguro sólo de ser un pecador necesitado de piedad. Si el fariseo no pedía nada porque ya lo tenía todo, el publicano sólo puede mendigar la misericordia de Dios. Y esto es hermoso: mendigar la misericordia de Dios. Presentándose «con las manos vacías», con el corazón desnudo y reconociéndose pecador, el publicano muestra a todos nosotros la condición necesaria para recibir el perdón del Señor. Al final, precisamente él, así despreciado, se convierte en imagen del verdadero creyente” (Papa Francisco, Audiencia General, 1 de junio de 2016).

